

Cultivar lo heredado

FERMÍN HERRERO

En función de lo expuesto en la nota de autor prologal, con este breve y ajustado volumen, editado con la limpieza y exquisitez habitual por el sello palentino Cálamo, cierra Carlos Aganzo, tras 'Las voces encendidas', 'Las flautas de los bárbaros' y 'En la región de Nod', su tetralogía apegada a la actualidad de nuestro mundo -'O tempora, o mores!', pero teniendo como referente, apoyatura y espejo la sabiduría clásica, no como erudición a la violeta ni mero culturalismo epidérmico sino como vivencia íntima, entrañada, que se vuelca sobre el sombrío presente de la sociedad occidental, de su deriva que tanto recuerda a la caída de Roma.

'Jardín con biblioteca' parece escrito, con una serenidad que remite mediante metáfora o alegoría a la tradición grecolatina y una feliz identidad entre fondo y forma, por un patricio desencantado del mundo pero extasiado ante su belleza, dispuesto a disfrutar de sus dones lejos del ruido, al epicúreo modo, retirado en una mansión campestre, que pudiera ser La Olmeda, de ahí que el lema más bien anacreónico de un cubilete de dados encontrado en los restos arqueológicos de esta villa tardorromana: «Beber, estar alegre, jugar y reír, así hay que vivir» figure como cita inicial y guía de entrada a los poemas, junto al reconocimiento por parte de Horacio de la helenización cultural de Roma que es a su vez otra declaración de principios: los imperios pueden ser arrasados militar o económicamente, pero las cul-



Carlos Aganzo. A. TANARRO

turas fuertes de una u otra manera les sobreviven.

Ya en el título, procedente de una sentencia de Cicerón, el orador, el ecléctico, el valedor de las más reputadas escuelas filosóficas helenas en los feudos latinos, frontispicio del tercer poema: «Si tienes una biblioteca con jardín lo tienes todo» -nótese la inversión de términos en el sintagma para lograr la eufonía del heptasílabo, muestra de la finura rítmica del poeta-, alienta el espíritu renacentista, aquel humanismo salvador con anclaje en la antigüedad grecorromana que invoca Aganzo en su tetralogía. Y ahora nos imaginamos a Petrarca, a quien se cita a cuenta de una noche siciliana de julio, en relación con el episodio mitológico

de las princesas beocias metamorfoseadas en murciélagos, recorriendo los caminos de heredad de Europa a la búsqueda de los libros que configurarían la primera gran biblioteca privada en Occidente.

También a Epicuro, claro, en su escandaloso Jardín ateniense al modo de la Academia platónica o del Liceo aristotélico, pero como un 'hortus conclusus', recinto cerrado para muchos y abierto para pocos, por homenajear el título de Soto de Rojas, que siempre procura, como los poemas que comentamos, tranquilidad y consolación desde sus máximas capitales o sus exhortaciones, sobre todo su «cuadrifármaco», a saber: «dios no se ha de temer; la muerte es insensible; el

bien es fácil de alcanzar; el mal, fácil de soportar». Todo esto toma el libro de Epicuro, de sus principios que ponen brida a deseos y temores, humilde refugio en el aquí y el ahora de las sensaciones corporales, de la alegría y la libertad de pensamiento: la prudencia, la templanza, la sensatez, la mansedumbre, la amistad, la ataraxia, con las que sobrellevar «el peso de las sombras», la herida del vivir devenida con desdichada frecuencia ingratitude, soberbia, podredumbre, renuncia, cansancio... Así como su hedonismo en absoluto egoísta ni narcisista, su negativa a involucrarse en modo alguno en los asuntos de la Ciudad, como decíamos.

Contexto grecolatino

Muchos poemas, por tanto, se sitúan en un contexto grecolatino. Por ejemplo, el primero, cuyo final enlaza con el comienzo de 'La Iliada', donde se da voz a una especie de aedo homérico que se rebela contra el invasor romano, no es un soldado, pero es capaz de defender la civilización, como el propio poeta, gracias a su cántico: «Yo no puedo luchar, no soy hoplita./Pero puedo cantar. Y cantaré». Lo que nos lleva a Safo, que prefería cien veces a su querida Anactoria, aun ausente y perdida por casamiento, que a una tropa armada, una flota de barcos o los carros lidios, porque el amor, que «no se crea ni se destruye», ofrecido a la amada y amante, a la vez Afrodita por su belleza, Perséfone por su ternura, Juno por su sensualidad lisérgica y sirena por su irresistible atractivo, es otro tema que vertebraba, como sucedía en entregas anteriores, 'Jardín con biblioteca'.

Precisamente en el siguiente poema, escrito a los pies napolitanos del Vesubio, se establece, con alusión a Sobre la naturaleza de las cosas de Lucrecio, otro epicú-



JARDÍN CON BIBLIOTECA
CARLOS AGANZO

Editorial Cálamo. 56 páginas. 12 euros.

reo de pro, la antinomia fundamental del libro, que traspasa los siglos, entre «nuestra frágil condición sobre la tierra» unida al tópico del tempus fugit y los frutos del amor y la amistad, de la música y la bebida. Dicotomía desarrollada en el tercer poema, en el que probablemente hable el citado Cicerón, el último bastión de lo republicano, desde su retiro en Pozzuoli antes de su ejecución, amputación y decapitación. Llega la muerte «con oscura ceniza abrasadora», la destrucción «bajo la lava ardiente del volcán» mientras el poeta clausura su cobijo consagrado a las humanidades.

En consonancia con lo dicho hasta aquí abundan las referencias clásicas: a Arneo, el mendigo parásito de 'La Odisea', a Eneas y Creúsa «tras las llamas de Troya» o a Marcial en algún quiebro epigramático. Es por tanto natural y lógico que el libro culmine con una estremecedora elegía por Emilio Rodríguez Almeida, filólogo, arqueólogo y latinista, extensiva al humanismo en vías de desaparición que representaba y concitaba su figura, en nombre de «los viejos maestros que vivieron/cautivos de la luz», versos que suponen un broche inmejorable para este armónico, sosegado jardín con biblioteca particular, que hacemos nuestro tras su lectura.

EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

Lectura

Aquí la novela la conocemos como 'Lulú'. En Francia, es lo primero que nos advierte Baudoin, el dibujante, el adaptador, quizás el recreador, o traductor -cualquiera de las categorías vale, pero solo la de dibujante es precisa- también. 'Travesti' el título que la obra lleva en su lenguaje natal, el rumano. También el título que Baudoin ha decidido dar a su adaptación, traducción, recreación, al cómic. Es la primera de una de las decisiones que lo apartan, mínimamente, del texto original, tal y como se conoce en Francia y se conoce aquí.

Seguramente, muchos comen-

taristas de este cómic se vean tentados por la palabra metaliteratura, que es una palabra rimbombante y feúca, para definir un no se sabe bien qué, una especie de juego de referencias, y autorreferencias que, por otra parte, nunca, o casi nunca, han sido ajenas al arte de escribir -una de las cosas, quizás, que Hofstadter llama bucles extraños, creo que ya hablé de ellos hablando precisamente de Cartarescu. Pero este bucle tiene un nombre y unas implicaciones que a uno le resultan casi desagradables, poco atractivas...-. Yo mismo, ya ven, he caído en el palabra, porque, desde cierto pun-

to de vista, este cómic es muy metaliterario. Tanto como lo pueda ser este artículo, o comentar la última novela leída con un amigo.

Pero no por ese juego, acaso manido, del autor -autores de hecho: tanto Cartarescu como el propio Baudoin caminan por las viñetas- dentro de la propia obra, sino porque el 'Travesti' de Baudoin, más que una adaptación es una lectura. O el comentario de una lectura, la Baudoin, que cita ampliamente, apenas opinando, el texto. En 'Travesti' vemos la lectura que Baudoin hizo de la obra de Cartarescu, su experiencia con Lulú. Por eso a veces aparece él, en Bucarest, o en otros lugares de Rumanía, hablando con Mircea, preguntándole... No tengo muy claro que las respuestas de Cartarescu, no sé si rea-

les, un tanto crípticas, tienen o no importancia en el resultado final. Uno, como le ocurre con toda palabra de un autor sobre su obra, desconfía de ellas. Siente que esas declaraciones son un poco como los sutras budistas. Los sutras, insisten los budistas, no son la verdad, si no la verdad tal y como la vivió el Buda. No tiene por qué coincidir con la forma en que tú la vives. Un dedo que apunta a la luna es la metáfora habitual. Es un error mirar el dedo. Hay que mirar la luna. Eventualmente saltar a la luna, por tus propios medios.

Si bien las palabras de un autor sobre su texto pueden enriquecerlo, también pueden distraernos de nuestra propia experiencia del texto. Lo único que podemos hacer con ellas es tomarlas y escucharlas como la ex-

periencia que tiene el autor del texto. Porque, a fin de cuentas, el autor no es más que el primer lector del texto. Podemos comparar su experiencia con la nuestra. Eso, es, creo, lo que hace el Baudoin dibujado al hablar con el Cartarescu dibujado. Al mismo tiempo, nos ofrece su experiencia de Lulú. Nos invita, en el caso de que hayamos leído la novela, a comparar su lectura con la nuestra.

Lo hace en viñetas. Siendo Cartarescu un prosista que favorece la imagen -la visión, un contador de visiones- resulta apropiado. La visión de Baudoin es fascinante. Como cómic, magistral. Le trae recuerdos a uno de aquella adaptación de Breccia de 'Informe sobre ciegos', con algo de Crepax, o de aquel 'Poema en viñetas' de Buzzati.



CIRO GARCÍA